

LA CAMPAÑA

PERIÓDICO POLÍTICO SEMANAL

ÓRGANO DEL PARTIDO FEDERAL-AUTÓNOMO-PACTISTA DE LA PROVINCIA DE MURCIA.

PRECIO DE SUSCRICIÓN.

Dentro y fuera de la capital UNA peseta el trimestre. Anuncios y comunicados á precios convencionales. Pago adelantado.

Administrador

SATURNINO TORTOSA,
calle de San Patricio.

ADVERTENCIA.

La correspondencia política y literaria se dirigirá al Director. Val de S. Antolin, 75, pral. La administrativa á Saturnino Tortosa.

ADVERTENCIA.

En el presente mes de Marzo termina el trimestre de suscripción para los que la comenzaron en Enero.

A los que esten en este caso, les recomendamos el abono de la misma por todo lo que queda de mes.

A VIDA Ó MUERTE.

Ni las excitaciones de la prensa, ni las corrientes de la opinión, ni el general sentimiento de animadversión y descontento de los pueblos, nada, en fin, nada es, ni ha sido nunca bastante, sobre todo en nuestro país, para hacer comprender á un gobierno flo desacertado de su conducta é inducirle á entrar en vías de bondad, procurando hacer algo siquiera que sea beneficioso á sus gobernados y esté dentro de lo que reclaman la justicia, la libertad y el derecho.

Por el contrario no parece sino que tales excitaciones y tales muestras de descontento por parte del pueblo, no sirven para otra cosa que para hacer á esos gobiernos obstinarse mas y mas en su política desacertada, arbitraria é ilegal. Llegando en este camino á la mas inconcebible exageracion de las aberraciones mas monstruosas.

El fuego de nuestra sangre meridional influye segun aseguran en esto que podiamos con razen llamar «mal del país». Aquí vemos como cosa corriente que un representante cualquiera de la autoridad, que no tiene sobre los demás mas dominio ni supremacia, que aquel de que le reviste la ley de quien debe ser fiel ejecutor, se erige por sí y ante sí en un verdadero déspota que á nombre de esa misma ley y con objeto de hacerla cumplimentar quizas, salta por encima de ella y la atropella y conculca á su sabor, todo «ad majorem justiciæ gloriam», parodiando á los hijos de Loyola.

Todo el que en nuestra patria reviste carácter alguno de autoridad desde el ministro al polizón, obedecen á esta ley general que todos hemos dado en disculpar con la fogosidad de nuestro carácter y que

verdaderamente no acusa otra cosa que el lastimoso rebajamiento moral que, partiendo de las esferas superiores, cunde, se propaga, y enseña de todas las conciencias y lleva el fraude, la ilegalidad y el agiotaje á todos los ramos de la administración pública.

Ya la verdad que esto último se justifica. Desde el momento en que en las altas regiones gubernamentales se sacrifica todo á la política y se posponen derechos, libertades, leyes y estatutos, á conveniencias, zurcidos y componendas; desde el momento en que se dan los mas altos y respetables puestos de la nación, no ya á los que mas méritos y aptitudes reúnen, sino á aquellos con quienes mas se puede contar para determinados fines; gentes en una palabra que, si romos de entendimiento, sean anchos de conciencia y ágiles de manos; desde el momento en que para servir exigencias, atraer voluntades, cerrar bocas y tapar ojos, se llenan las oficinas del estado de gente hambrienta, inepta y despreciable que, salvo excepciones honrosísimas aunque cortas, son barro dispuesto á todo; desde el momento en fin en que se establece una ley para los que mandan, la del «me da la gana» y otra para los que obedecen, la del «porque sí»; un derecho para los de arriba, el del «capricho» y otro derecho para los de abajo, el del «pataleo»; una justicia para aquellos, «la tolerancia» y otra justicia para estos, «el palo». ¿Cómo pues podrá lógicamente pedirse que haya ni moralidad en los servicios públicos; su rectitud en la administración de justicia, ni nada que en una nación culta pueda acusar que se vive dentro de los principios mas rudimentarios del derecho moderno y la civilización del siglo?

¿Es posible por acaso exigir otra cosa, dado el lamentable estado á que los vaivenes y allí bajos de la política vergonzosa que se hace en nuestra patria, han llevado los, mal llamados hoy, destinos ó servicios de la nación?

Cada cambio de gabinete trae consigo una renovación general de todos los cargos públicos que sobre ocasionar la perturbacion consiguen-

te en la tramitación, vá haciendo engrosar las filas de ese numerosísimo ejército de «políticos á su manera», sin mas principios que el estómago, ni mas tendencias que una credencial; verdaderos mercenarios de nuestros dias de que se sirven para sus algaradas políticas, todos esos otros «ilustres hambrientos» que revolotean al rededor del trono, vendiendo mentidas reverencias y humillaciones á cambio de una cartera; bandada de cuervos que se ciernen sobre el esquilado tesoro de nuestra esquilada nación.

Por eso cada cambio de gobierno es un nuevo presagio de desgracias y calamidades para los pueblos, que nada esperan, que nada pueden esperar de todos estos gobiernos, todos peores, todos cortados por un mismo patron, olvidados del pueblo y enemistados con la libertad y la justicia: ¿cómo esperar? Si de escalon en escalon, hemos ido descendiendo cada dia hasta el abismo en que nos encontramos! Ya no pueden apretar mas los de arriba, ni sufrir mas los de abajo: después de esto no hay mas que la asfixia y la muerte.

Tal situación es insostenible á todas luces; no hay sufrimiento bastante á un mal que cada dia y á cada momento se agrava, aumenta y recrudece, amenazando hacerse insoportable. Algo necesita España y algo grande, algo radical, algo eficazísimo que cure, corte y estirpe esta gangrena de inmoralidad y corrupción; algo que la entone, algo que la saque de este abatimiento, de esta postracion en que se consume y aniquila; algo que la eleve en el mundo á la altura á que puede y debe aspirar, algo que la regenere, que la redima, que la purifique, que la engrandezca, que la sublime.

¿Existe ese remedio supremo y eficaz? Pues busquémoslo y combatámos á la enfermedad: tengamos fe y decision: no paremos mientes en lo arraigado del mal, ni en lo doloroso de la operacion.

Cuando el galeno agota los recursos de la farmacopea, el cirujano, desoyendo los ayes del paciente, le devuelve la salud perdida combatiendo la enfermedad con el hierro y con el fuego.